

Rebeldía, dignidad y memoria. La resignificación de la guerrilla como eje de defensa social a través de la novela *La Sangre Desconocida* de Vicente Alfonso

Rebellion, dignity, and memory: The resignification of the guerrilla movement as a social defense force in the novel *La sangre desconocida* by Vicente Alfonso

Gabriel Velázquez Toledo
Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, México
gabriel.velazqueztoledo@outlook.com
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5800-7721>

Silvia Álvarez-Arana
Universidad Nacional de Educación a Distancia, España
salvarez456@alumno.uned.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6917-0900>

Recibido: 01-10-2025
Aceptado: 04-03-2026

<https://doi.org/10.32870/pactum.v5i10.80>

Resumen

La guerrilla en México fue sistemáticamente condenada a un ostracismo mediante el cual se intentó evitar su reivindicación. Detrás de ello hubo motivos políticos, sociales y económicos que invisibilizaron a sectores marginados de la sociedad, arrebatándoles la voz y la memoria. La literatura siempre ha fungido como un puente para traer de las antípodas esas historias que la guerra sucia del gobierno mexicano pretendió esconder y que, a los ojos de una sociedad moderna, ha encontrado una resignificación al comprenderse como una defensa emprendida por los integrantes de dichos movimientos, quienes la enarbolarían como una lucha contra la opresión y el abuso de los poderosos y que en la actualidad encuentra en los discursos literarios un eco con el que reemprenden el camino a la reivindicación, tal es el caso de la novela *La sangre desconocida* (2022), de Vicente Alfonso, que será analizada a la vista de los postulados que

Patricia Cabrera y Alba Teresa Estrada desarrollan en su libro *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México* (2011), donde se analiza la función del acto creativo como catalizador que resignifica el discurso histórico y la memoria del periodo conocido como guerra sucia en México.

Palabras clave: Guerrilla, ficción; memoria, Vicente Alfonso, La sangre desconocida

Abstract

The guerrilla movement in Mexico has been systematically condemned and ostracized in attempts to impede its revindication. Behind those efforts lay political, social, and economic motives that rendered marginalized sectors of society invisible, robbing them of their voice and memory. Certain branches of literature, however, have long served as a bridge that brings back –from the far-reaches of the world– stories that the Mexican government's dirty war strove to conceal; stories that have found new meaning in the eyes of modern society where guerrilla movements are understood as defensive actions undertaken by members of armed groups who championed their movements as struggles against oppression and abuse by the powerful. Today, literary discourses resonate with these tales, once again placing them on the path toward revindication. This is the case of the novel *La sangre desconocida* (2022) by Vicente Alfonso, which is analyzed in relation to the postulates developed by Patricia Cabrera and Alba Teresa Estrada in their book *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México* (2011) with its study of the function of the creative act as a catalyst that resignifies historical discourse and the memory of the period known as the Dirty War in Mexico.

Keywords: Guerrilla, Fiction, memory, Vicente Alfonso, La sangre desconocida

La guerrilla en México

La guerra sucia es el periodo más oscuro de la historia mexicana contemporánea. Se trata de una etapa en la que los gobiernos, tanto estatales como el federal, volcaron todos sus recursos para subyugar, desarticular y borrar por completo cualquier reducto de lo que pudiera reconocerse como una demanda social organizada que pusiera en tela de juicio las políticas en turno del partido hegemónico o, bien, en peligro el *status quo* de la alta sociedad —beneficiaria de las políticas

de explotación—. Este punto también incluía a quienes se atrevieran a exigir mejoras en los derechos humanos más elementales, principalmente entre los círculos de obreros y campesinos, aunque maestros y estudiantes también fueran receptores de esta violencia. Entre estos actores se identificaban las bases de lo que se transformaría, tras las múltiples represiones del Estado, en movimientos sociales declarados como guerrillas. Estas, aunque no estuvieran unificadas bajo un mismo estandarte, compartieron un mismo objetivo: el cambio de régimen a través de la lucha armada.

En México, la guerra de guerrillas tiene antecedentes que la precedieron como una estrategia efectiva para la desestabilización en la Guerra de Reforma y la Segunda Intervención Francesa, a través de grupos conformados por jinetes conocidos como Chinacos, que utilizaron tácticas de ataques rápidos para romper los cercos enemigos, lo que era utilizado como un soporte para el avance militar de las fuerzas liberales. Tácticas parecidas también fueron utilizadas en la Revolución mexicana, donde Villa y Zapata se valían de grupos de ataque sorpresa contra ejércitos y posiciones clave en ciudades controladas por las tropas del ejército, con el fin de tomar armas, caballos y provisiones; los ataques no eran enfrentamientos frontales de un ejército contra otro, sino movimientos calculados para obtener objetivos específicos. Como característica central, no está de más mencionar que estas tácticas se operaban desde el campo, ajenas a lo que sucedía en las urbes. Su efecto social representó, por un lado, la oportunidad para derrocar al ejército francés que, de la mano de los grupos conservadores, estableció un estado monárquico y al dictador Porfirio Díaz—cuyas políticas sociales eran sumamente impopulares en el país—; por otro lado, simbolizaban el restablecimiento del régimen social que permitiera una estabilidad económica y política, bajo el ideal de reformas que traerían prosperidad para los mexicanos.

Fritz Glockner, en su libro *Memoria Roja* (2013), da buena cuenta de los movimientos sociales del siglo XX que siguieron a la Revolución mexicana, como los liderados por Rubén Jaramillo o Genaro Vázquez, quienes lograron crear movimientos sociales paralelos a los establecidos oficialmente por el partido en el poder, y cuya existencia fue considerada contraria a los intereses del Estado. Lo mismo sucedió con el Movimiento de Liberación Nacional (1961), la transformación del Partido Popular en Socialista (1960) o las demandas del Movimiento Cívico de Guerrero (1960) con un Lucio Cabañas presente desde sus inicios como líder estudiantil en la Escuela Normal Rural Isidro Burgos de Ayot-zinapa, Guerrero. Estos movimientos sirvieron para dar cauce al descontento social que provocaba la hegemonía política del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que en su versión tanto local como nacional desarrollaba con puño de hierro.

Carlos Fuentes, uno de los más prominentes intelectuales mexicanos del siglo XX, menciona en su libro *Tiempo Mexicano*, a propósito de lo acontecido en Morelos con el asesinato de Rubén Jaramillo y tras un viaje a esas tierras en el verano de 1962, que desde el movimiento Zapatista que precedió la lucha

del caudillo “la guerrilla fue la extensión intuitiva de esa conciencia: fue la defensa de una tensión libremente aceptada contra una tensión irreflexiva y brutal impuesta desde afuera” (1978, p. 134). Con esto, se refería a las políticas acatadas por los gobiernos mexicanos, dirigidas por intereses en los que

una autoridad poderosa y remota declara la ley marcial en Morelos, e incapaz, precisamente de distinguir los factores culturales de la rebelión, también es incapaz de distinguir a los rebeldes del resto de la población [...] El pueblo y los rebeldes, por cierto, descubren que realmente son indistinguibles entre sí: el uniforme rebelde es la ropa de trabajo del campesino (p. 135).

La lucha guerrillera es precedida por la idea de que sólo el pueblo puede salvar al pueblo. De este modo, el 23 de septiembre de 1965, casi cincuenta años después de la historia protagonizada por los caudillos rebeldes de la Revolución mexicana, se dio el levantamiento guerrillero marcado por un hecho que fungió como parteaguas de los movimientos sociales armados: el asalto al cuartel Madera, en la sierra de Chihuahua. Pretendiendo emular lo sucedido con el cuartel Moncada, en Cuba, el Grupo Popular Guerrillero, liderado por el maestro rural Arturo Gamiz, buscó provocar con este acto un levantamiento popular, es decir, ser la mecha que prendiera la antorcha ardiente de la revolución en las conciencias de los campesinos de la sierra que eran explotados por latifundistas. Dicho asalto fue frustrado debido a errores de comunicación cometidos por los rebeldes, tras lo cual se aplicó un castigo a la vista de todo el pueblo para que sirviera de ejemplo.

Tras la experiencia con Jaramillo, quien logró un apoyo popular considerable en Morelos que puso en jaque la estructura política del Estado, el gobierno aprendió la lección y utilizó el exterminio, valiéndose también de la tortura como un disuasor efectivo, así como el asesinato de líderes campesinos y obreros, para escarmentar a los grupos sociales que buscaban organizarse con el fin de exigir derechos que los terratenientes y/o las políticas del Estado no les concedían. El ataque al cuartel Madera y el levantamiento de Morelos fueron un fracaso, pero marcarían un precedente en la lucha social de los años venideros.

Tras la represión de los estudiantes en Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968, algunos grupos estudiantiles radicalizaron sus posturas políticas y vieron en los levantamientos armados una forma de desestabilizar al gobierno, amparados en postulados que recorrían América Latina con un optimismo desmedido, en busca del cambio de paradigma político. Los jóvenes pensaban que era posible un cambio hegemónico a través de la toma de los poderes por medio de las armas, como ya había sucedido en el pasado con la Revolución mexicana y, apenas una década antes, en la Cuba de Castro, Guevara y Cienfuegos.

En el marco de la Guerra Fría, declarada entre la Unión Soviética y Estados Unidos al finalizar la Segunda Guerra Mundial, los países latinoamericanos fueron víctimas de las políticas del último, mismas que se endurecieron al clamor de

la doctrina Monroe.¹ Dicha doctrina cobró relevancia nuevamente, lo que se tradujo en la radicalización de su postura contra los movimientos sociales que, a su parecer, tuviera la intención o tendencia a incursionar en ideas de orientación socialista, o que a sus consideraciones fueran afines al comunismo soviético. Esto incluía cualquier postura que se contrapusiera a los intereses del imperialismo norteamericano, lo que a la larga desató una psicosis en los gobiernos latinoamericanos que llevó a la acción la instrucción militar en la Escuela de las Américas, fundada en Panamá para entrenar militares en la contrainsurgencia con el fin de evitar que el socialismo se instaurase en el cono sur del continente a través de movimientos sociales o su expresión armada a manera de guerrillas. Fue así como se formó una red de espionaje e informantes que permitieron a los ejércitos de cada país “salvar a la patria” de las incursiones desestabilizadoras del “enemigo rojo”, para lo que tenían permitido actuar de la mejor manera, a su entender, la que les rindiera los mejores resultados.

Catalogados como grupos insurrectos, cualquier movimiento que demandara de manera legítima que el reparto agrario se llevara a cabo, que la explotación de los caciques se detuviera, que los salarios fueran justos y el acaparamiento detenido, como lo enunciaron Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, que enarbolaron la bandera del Partido de los Pobres, se convertiría en enemigo del Estado. Otros grupos como el Movimiento de Acción Revolucionaria, el Frente de Liberación Nacional y la Liga 23 de septiembre, entrarían en acción durante las décadas de los sesentas y setentas, todos con un mismo ideal: el cambio de régimen del estado mexicano. Una declaración que el gobierno mexicano vio como una guerra frontal contra los intereses de la nación.

La guerrilla que se desencadenó en México intentó ser borrada de raíz, por un lado, a través de las instituciones militares, encargadas del exterminio en las zonas rurales; por otro, mediante la agencia de inteligencia, conocida como Dirección Nacional de Seguridad, que contaba con la instauración de una Brigada Especial concebida para ser el brazo ejecutor de los guerrilleros y ciudadanos detenidos, en este contexto, en las ciudades. Este intento por desaparecer a los integrantes de los grupos subversivos se amplió a cualquier huella que permitiera crear un foco de conciencia, utilizando los medios oficiales y de comunicación para crear una narrativa que equiparaba a estos luchadores sociales con malhechores perversos que intentaban dañar al tejido social, por lo que los testimonios de quienes vivieron la represión en carne propia, acusados de complicidades, fueron acallados.

La verdad de lo ocurrido fue silenciada por el Estado a través de una serie de estrategias que iban desde la tipificación de sus causas, equiparándolas con actos delincuenciales, hasta la negación de su derecho a la memoria, utilizando a los medios de comunicación para difundir una posverdad sobre lo que sucedía.

¹ Dictada un siglo antes y erigida como una advertencia para las potencias europeas que tuvieran intereses en América. Su consigna consistía en: América para los americanos.

Por ejemplo, en la sierra de Guerrero, donde ocurría la eliminación sistémica en los poblados cercanos a Atoyac, habitantes fueron acusados de prestar ayuda, o detenidos simplemente por no colaborar con los represores, disfrazando sus capturas como integrantes de la guerrilla de Lucio Cabañas.

Para Cabrera y Estrada (2011), el fenómeno de la guerrilla puede ser analizado desde varios ángulos y enfoques teóricos “como movimiento armado, como desafío al estado; como fenómeno ideológico o como expresión simbólica de un imaginario colectivo” (p. 25). En el siguiente análisis existe una inclinación por abordar el tema desde el ámbito de la expresión simbólica del imaginario colectivo en la novela *La sangre desconocida* del escritor oriundo de Torreón, Coahuila, Vicente Alfonso (2022), quien refleja en su trama el momento histórico de la guerrilla de los años setenta en la Sierra de Guerrero y Sinaloa.

La guerrilla como tema en la literatura mexicana del siglo XX

La literatura, desde el imaginario, se constituye como portavoz de la memoria, funge como su precursora. Valiéndonos de una expresión popular, se puede decir que la literatura, más concretamente la novela, pone el dedo en la llaga, señalando razones, ilustrando la violencia, evitando el olvido, trayendo del pasado el nombre de desaparecidos, mientras resignifica historias y testimonios de quienes apostaron su vida por un cambio en el que creían, no por un simple romanticismo militante, sino por una necesidad profunda de un cambio. La literatura recrea, pues, una historia distinta en cada personaje, siempre tan parecida porque retrata el dolor y el sacrificio.

Carlos Montemayor² fue uno de los primeros escritores que ficcionalizaron la historia de la guerrilla mexicana. Su reconstrucción sobre lo sucedido en la pretendida toma del cuartel Madera, así como de lo acontecido en la sierra en Atoyac, es una forma de dignificar las luchas y resignificar el papel del gobierno en lo que a la postre se comprenderían como crímenes de estado y desapariciones forzadas en contra de sectores campesinos, obreros y estudiantiles. No está de más decir que las novelas de Montemayor, al ser de las primeras en retratar este aspecto de la historia mexicana, lograron brindar un lado humano, al situar las microhistorias de los personajes en el centro de la trama y proveerles de una capacidad de actuar y decidir dentro de un sistema que los oprime, en lugar de ser sólo víctimas pasivas.

² Autor de textos como *Guerra en el paraíso* (1997), *Las armas del alba* (2003) y *Las mujeres del alba* (2010).

El torreonense Vicente Alfonso sitúa su novela *La sangre desconocida*³ (2022) entre los casos particulares de personajes que en su conjunto permiten entender las razones del levantamiento subversivo, acaso como una forma de devolver la memoria y de esta forma dignificar una lucha que cobraría cientos de vidas inocentes. En este caso, el autor utiliza la experiencia de los personajes para demostrar el sentido de una lucha que, a duras penas, ha empezado a ser comprendida en estos tiempos.

Cabrera y Estrada (2011), en su estudio sobre la interdisciplina y las categorías literarias y sociológicas, apuntan que

En las novelas, la experiencia colectiva se individualiza, por eso la subjetividad se ubica en primer plano; el conocimiento no se refiere solo a la recreación del correlato histórico, de los ambientes en que se desenvuelven los personajes: se conoce desde el interior (p. 38).

***La sangre desconocida*, entre la historia y la ficción**

La novela *La sangre desconocida* parte de tres momentos, en tres espacios distintos. El primero de estos es en Guerrero, donde transcurrieron los ataques del ejército en contra de la guerrilla de Lucio Cabañas y donde una pareja joven se muda por cuestiones laborales, abordando desde una perspectiva contemporánea los sucesos de la región y haciendo copartícipe a mamá Flor, una habitante de la sierra que busca a su hija desaparecida más de cuatro décadas atrás, en el marco de la guerra sucia. El segundo escenario lleva a Sinaloa, 1973, en el que un profesor universitario intenta disuadir a sus estudiantes de integrarse a las filas de una célula de la guerrilla, hasta que, sin saberlo, se ve involucrado de manera ingenua e involuntaria en los acontecimientos. El tercero se sitúa en 1971, en la ciudad de Camel City, Carolina del Norte, Estados Unidos, donde el secuestro de la heredera millonaria de un conglomerado de cigarrillos conecta, a través de los personajes, las otras historias en tiempos y espacios diferidos, en un juego que hace entender que todo es parte de un ejercicio que Fabián, escritor de la capital radicado en Guerrero en el presente, trata de concluir.

El texto literario, de acuerdo con lo que mencionan Cabrera y Estrada (2011), “es una fuente fragmentada, pero rica y plena de matices, para la comprensión de una época, para la recuperación de la experiencia, la conservación de la memoria o la figuración de proyectos y alternativas [...]” (p. 39). La novela *La sangre desconocida* se convierte en un recurso historiográfico, que tiende un

³ Merecedora del Premio Nacional de Novela Élmer Mendoza en 2021, convocado por la Universidad Autónoma de Sinaloa.

puente del testimonio a la crónica, utilizando los recursos de la ficción para mantener la tensión narrativa, el hilo conductor de la historia y la “vuelta de tuerca” con que Alfonso (2022) deslumbra al lector al final de la obra, introduciéndolo de forma contundente en la presentación de personajes:

Nada es tan difícil de limpiar como la sangre. Tras casi cuarenta años, las manchas persisten en el cartel que se ha vuelto quebradizo. El encabezado, compuesto en mayúsculas, se limita a una palabra: CRIMINALES. Debajo aparecen veinticuatro caras de jóvenes, la mayoría identificadas por nombre y apellido, otras por sus apodos... Sombras, manchas y defectos de impresión hacen del cartel una galería de fantasmas. En letras más pequeñas, una leyenda aclara que los perseguidos son comunistas de la Liga 23 de septiembre, pero también son delincuentes comunes: autores de asesinatos secuestros, asaltos... Abajo y a la izquierda aparece la muchacha identificada como Amparo. Su expediente confirma que las autoridades comenzaron a buscarla en enero de 1976, cuando se le atribuyeron las muertes de dos policías durante un operativo que permitió la fuga de siete reclusos del penal de Oblatos. Además de esas ejecuciones, los cargos que se le imputan son conspiración, acopio de armas, asociación delictuosa e incitación a la rebelión. El legajo de veintiocho páginas confirma que sabía disparar y la cataloga como una delincuente de alta peligrosidad. Se le describe como “un elemento atípico”. Eso es verdad, Amparo era inusual (p. 11).

Este es un relato de sucesos silenciados por las fuentes oficiales, y que a la luz de los acontecimientos nos parecen monstruosos, dignos de una imaginación retorcida, pero que son reales, pues formaron parte de la narrativa de una guerra en la que los grupos paramilitares y la Brigada Blanca, dirigida, entre otros, por Miguel Nazar Haro, bajo el cobijo de la Dirección Federal de Seguridad, tenían un cheque en blanco para actuar según su propio entendimiento de lo que para ellos era la “defensa del Estado”.

Ya en el 2006, la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del pasado, en su *Informe Histórico a la Sociedad Mexicana*, reconoce la importancia de la memoria, considerando que

Informar a la sociedad lo que sucedió es mucho más que ofrecer un relato coherente de los hechos. Lo que pasó requiere, obviamente, de un marco interpretativo que sea acorde con el momento histórico referido y nos permita entender, en la actualidad, esos acontecimientos, y explicar por qué sucedieron (2006, p. 7).

Para Sandra Oceja Limón (2011), a partir del movimiento armado de 1994 en Chiapas “la comunicación periodística y académica se comenzaron a debatir y a investigar” pues era importante conocer, interpretar y recuperar la memoria para comprender

las implicaciones de estos movimientos para los procesos democratizadores del Estado mexicano, pues hasta entonces las guerrillas mexicanas habían sido encubiertas

por la omisión, la censura y la estigmatización en los discursos dominantes. Incluso, dicha recuperación académica y periodística hizo visibles a otros sectores de la sociedad (2011, p. 82).

Para la autora, la notoria producción de novelas en las que el tema de la guerrilla y la guerra sucia ha sido retomado “hace patente un fenómeno dentro de la narrativa mexicana en el seno de este mismo periodo histórico” (p. 83).

En esta exploración de la memoria podemos circunscribir a los personajes creados por Vicente Alfonso (2022), con los que pretende desentrañar el lado crudo de una realidad dolorosa, tras los cuales subyace la verdad como un murmullo. Así, dentro del texto, la tortura arranca dudosas confesiones que dicen lo que el verdugo quiere oír, mas no lo que es, y la mimesis se configura como un intento del escritor por traernos de vuelta todo aquello que, voluntariamente, aceptamos que sea borrado del inconsciente, con el fin de poder continuar con nuestra existencia sin esa verdad que incomoda: que la lucha por salvar al país de la amenaza socialista fue una masacre ejecutada con la intención de poder mantener las políticas que el partido en el poder impulsaba. La memoria, cuando está a cargo de los vencedores, es selectiva. Alfonso busca llenar las zonas de silencio, lo que se calla o ha sido borrado deliberadamente, a través de escenas que despiertan sentimientos, una empatía que la narración de lo que les sucede a los personajes obliga al lector a sentir la crudeza de un testimonio tantas veces enunciado:

La golpearon con tubos forrados con periódico, le dieron toques, la sumergieron en una pileta de lavadero llena de orina y mierda. Le amarraron las manos por la espalda y la colgaron hasta que perdió la consciencia. Volvieron a violarla, le metieron una rata viva en la vagina. Si no pudieron sacarle información era porque de verdad nada sabía. Al fin fueron a tirarla en un basurero. En vano trató Rosario de convencer a los padres de la chica de que al menos levantarán un acta para dejar constancia de los apodosos, pues Galvia solo quería irse de la ciudad (p. 149).

La novela de Alfonso nos permite recuperar episodios a través de lo que para Cabrera y Estrada (2011) debe

Superar el registro nemotécnico y la veracidad del dato mediante la síntesis de caracteres y arquetipos, de personajes, tramas y formas retóricas que plasman y crean nuevas representaciones e interpretaciones en torno a momentos cruciales del pasado, es una forma de conocerlos y abre la posibilidad de reflexionar sobre su significado. (p. 39).

De esta forma, Alfonso se vale de la memoria histórica para configurar lo que Jung (1970) considera como personajes arquetipos. Sin embargo, en este caso, los personajes vistos a *grosso modo* pueden simbolizar grupos sociales. Entre

algunos de los ejemplos de esto se encuentran Rosario y Clemente, quienes cumplen con el arquetipo del héroe; a la par, Bernardo Ayala, el profesor universitario, se identifica con El Sabio, pues trata de hacer entrar en razón a sus estudiantes, los que a su vez quieren participar de la lucha porque ven en ella la cristalización de una aspiración, la de alcanzar sus ideales, y que, romantizados al calor de las circunstancias y enmarcados en la juventud, no ven el verdadero riesgo de su actitud: “con cara de disgusto, sin dejar de dibujar, dice: —Recuerde lo que dice Ou-Tse, que el éxito sólo puede hallarse en la acción, que no hay victoria posible cuando uno se contenta con permanecer a la defensiva” (Alfonso, 2022, p. 23). Por su parte, Mamá Flor cumple con el rol de La Cuidadora, cobijando a los huérfanos de una guerra que no le pertenece, así como a Fernanda, la maestra de su hija que no puede concebir y que recibe en su hogar para realizar rituales de sanación que la concilien con ella misma). Al mismo tiempo, la ceguera parcial que padece Mamá Flor representa la de todos aquellos familiares de desaparecidos que no pueden encontrar a los que se han llevado; “la mujer vivía con miedo y había desarrollado una forma de hablar que le servía más para ocultar que para decir” (p. 142). En este punto, llegamos a la ingenuidad de Fabián García, quien funge como El creador, escritor de una obra que no puede concretar, pero en la que se puede sentir el miedo por la fuerza implacable que desatará la furia de un hombre rico y poderoso de Camel City, a quien le han secuestrado a su heredera pero que esconde lo que para él es una verdad vergonzosa. Los personajes de esta novela se encuentran enmarcados en dinámicas sociales e históricas que, explicadas por los mismos personajes, dan las razones de sus luchas, que es una sola: la libertad.

Lancelot Cowie (2011), en la presentación del libro *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México*, hace hincapié en que “Las perspectivas sobre los guerrilleros y su contienda son diversas. La mirada de la izquierda radical tiende a idealizarlos (a los guerrilleros); en oposición, se halla una perspectiva oficialista que denuesta completamente esta forma de resistencia” (p. 14).

El avance organizacional que lograron algunos movimientos, como el estudiantil,⁴ según se puede identificar en la estructura narrativa, lleva a la romantización, por parte de los personajes jóvenes, sobre lo que la lucha guerrillera centroamericana y del caribe —que poco o nada tenía que ver en un país como México—, había logrado. De esta manera, se buscaba emularla, perdiendo de vista que la influencia de los poderes hegemónicos norteamericanos no iba a permitir una revolución en un país en donde tenía tantos intereses de por medio.

⁴ Este, tras la represión de 1968, sufrió una radicalización de sus posturas políticas, mismas que compaginaban con los postulados revolucionarios de la época, que respondían al calor de los efectos de conquistas como la de Cuba en 1959 o los avances de la lucha Sandinista iniciada en 1961 en Nicaragua.

Es por esto que toda la capacidad de fuego del Estado se concentró en cercenar de raíz los gérmenes.

En la novela, Alfonso (2022) devela otro de los intereses que los americanos tenían en la sierra de Guerrero: el narcotráfico con el que las agencias estadounidenses financiaron muchas de sus operaciones y que son, aún hoy en día, los generadores de violencia en el país. Esto puede verse evidencia en el siguiente pasaje: “Mamá Flor dice que por eso se terminó aquí el *boom* del café. Porque necesitaban que plantáramos amapola. Ella vio los helicópteros gringos volando de noche por encima de los cultivos, soltando la roya” (p. 179).

Otro aspecto importante en el uso de herramientas que conceden verosimilitud al relato de la novela *La sangre desconocida* (2022), tiene que ver con el periodismo. El rol de la prensa y el lenguaje periodístico en la novela, en este caso, no reproducen lo que Cabrera y Estrada (2011) señalan en cuanto al papel de los medios en el conflicto de la guerra sucia; el cual consistía en desprestigiar, atemorizando a la sociedad con mentiras tales como que “los guerrilleros mexicanos eran tildados como ‘gavilleros, asaltabancos, criminales, hampones, sujetos sin escrúpulos, asesinos, asaltantes, agitadores, terroristas’” (p. 50). En el caso de la novela en cuestión, el periodismo tiene una función calculada y premeditada: forjar la memoria. Los recortes de periódicos que se encuentran en el morral de Amparito, la mujer desaparecida por los militares, sirven para ampliar con fragmentos las historias y envolver con rasgos verosímiles.

Opera el grupo sangre en la sierra de Atoyac

Acapulco, Gro.- En los alrededores de Acapulco y en la sierra de Atoyac opera un grupo que secuestra y tortura a campesinos con el objetivo de sacarles información sobre el movimiento insurgente, no se trata de delincuentes comunes sino de paramilitares que actúan bajo las órdenes de altos mandos del ejército y del gobernador Rubén Figueroa. Se hacen llamar *Grupo Sangre*. El nombre no es casual: auténticos vampiros, firman sus acciones con un sello inconfundible: interrogan a los detenidos usando métodos de tortura, cuando consideran que alguno ha dicho todo lo que sabe, lo obligan a beber gasolina y le prenden fuego.

Los campesinos de la región sostienen que el grupo opera en la Costa Grande y se compone por exmilitares que persiguen y torturan a sospechosos de ayudar a la guerrilla de Lucio Cabañas: campesinos aprehendidos cuando bajan de la sierra para abastecerse de víveres, o bien que sirven de correo entre los remontados y quienes se encuentran en la zona urbana. Las detenciones se ejecutan por órdenes expresas del Comandante de la 27ª Zona Militar con sede en Acapulco, general de división Salvador Rangel Medina (p. 91).

El tono del discurso, en pasajes que tienen un estilo periodístico, permite dar un giro a algo que se manifiesta como una descripción real, lo que es utilizado por Vicente Alfonso como una herramienta para blindar sus descripciones con rasgos de verosimilitud. Esto se asemeja a lo realizado en las novelas de no ficción,

como la obra de Cristina Rivera Garza (2024), *El invencible verano de Liliana*, en el que la meticulosidad de su investigación —que parte de los documentos de su hermana y la reconstrucción de episodios de su vida— lleva a la autora a desentrañar, en un tono neutral, los estados de ánimo, vivencias y traumas que convirtieron a su hermana en la víctima de un feminicidio.

En su Cuaderno Cuatro, detrás de la hoja doblada que anunciaba el inicio de la sección de su Seminario Interdisciplinario, Liliana anotó el 24 de mayo una lista de canciones que, según su prima Leticia, estaba oyendo una vez que hablaron por teléfono mientras ella lloraba [...] (p. 222).

Tras esto, Rivera Garza (2024) enlista las canciones que se plasman en dicho cuaderno, lo que le permite romper ese tono, realizando un ejercicio que se repite a lo largo del libro, el de la interpretación de los pasajes que develan las razones escondidas detrás de la desaparición de Liliana.

Más que despecho, estas canciones refrendan un amor que se sabe no correspondido pero que, aun así, o tal vez por eso, no termina. El amante humillado, dejado atrás, se regodea en su dolor, y jura no dejar de amar a la mujer querida. Esas son las canciones que Liliana escuchaba un 24 de mayo, entre lágrimas (p. 223).

También podemos citar lo hecho por Jorge Volpi en *Una novela criminal* (2018), donde el discurso formal, que roza el de un informe judicial, juega un papel preponderante en cuanto a que se utiliza para reproducir secciones completas de archivos y testimonios en un juego historiográfico. En dichos archivos se encuentra plasmada la historia que el autor desarrolla a través de una transmutación de los documentos oficiales hacia una narrativa biográfico-literaria, como se puede observar en el siguiente fragmento:

El día sábado 3 de diciembre del presente año», indica el testimonio ministerial de Valeria, «me fueron a visitar los mismos elementos de la AFI con los que fui a realizar los recorridos que anteriormente referí, los cuales me mostraron varias impresiones fotográficas en las cuales había impresiones de casas, de varios vehículos y varios sujetos, motivo por el cual inmediatamente identifiqué el vehículo marca Volvo gris plata como el mismo que en los días anteriores habíamos visto y el cual probablemente sea el mismo en el cual me hayan interceptado para secuestrarme (Volpi, 2018, cap. 1).

Volpi utiliza este recurso para darle verosimilitud a su relato, mimetizándolo con el discurso oficial y proveyéndole un orden cronológico al manejar las microhistorias de los personajes en estricto apego a los hechos reales. Su finalidad consiste en tejer, a través de la evidencia de los documentos, los entresijos del funcionamiento de las instituciones judiciales, así como las redes de complicidad

y encubrimiento que se dieron durante el periodo del Presidente Felipe Calderón.⁵ Esto lleva a Volpi a abrir su novela con una advertencia:

Lector, estás por adentrarte en una novela documental o novela sin ficción. Ello significa que, si bien he intentado conferirle una forma literaria al caos de la realidad, todo lo que aquí se cuenta se basa en el expediente de la causa criminal contra Israel Vallarta y Florence Cassez, en investigaciones periodísticas previas o en las declaraciones y entrevistas concedidas por los protagonistas del caso (2018).

El autor de *La sangre desconocida* (2022) no sólo demuestra un sólido conocimiento sobre la acción de los grupos paramilitares que asolaron la región en busca de dismantelar las redes de apoyo a la guerrilla de Cabañas, también expone lugares, regimientos y el destino último de quienes caían en las manos de estos grupos, sin importar si eran culpables o inocentes. Esto lo podemos ver reflejado en la nota periodística que se transforma en preludeo a la confesión que Viury, la nieta de Mamá Flor, le hará a Fabián, el esposo de su profesora, de quien se convertirá en su amante, al contarle que

Al final vino un helicóptero y se los llevó, unos al cuartel de Atoyac, otros a México. El caso es que ninguno volvió al pueblo. Poco a poco se fue sabiendo que el Grupo Sangre había hecho lo mismo en Cacalutla, en El Quemado, en Mexcaltepec, en toda la sierra. Luego de torturarlos los metieron en costales llenos de piedras y los tiraron al mar desde un helicóptero. O los enterraron vivos. O los obligaron a beber gasolina y les prendieron fuego en un basurero (Alfonso, 2022, p. 115).

Los destinos narrados en la cita anterior recuerdan a los del Plan Cóndor, utilizado para vigilar, arrestar y desaparecer a los enemigos de los regímenes políticos en Sudamérica a mediados de los años setenta. De esta manera, se permite comprender la extensa red de comunicación e influencia que Estados Unidos ejerció en la región, como se ha mencionado anteriormente, a través de la Escuela de las Américas, instituida para preparar a las dictaduras latinoamericanas de derecha en contra de la influencia comunista en el continente.

Otro de los puntos torales de la obra en cuestión se encuentra en la perspectiva femenina. En la construcción de los personajes femeninos, Alfonso explora una redefinición de su papel, que encuentra motivos profundos debajo de una capa de “normalidad” con la que se desempeñan en lo cotidiano. Fernanda, Rosario, Mamá Flor, Viury, son personajes que soportan de manera estoica las circunstancias que las rodean, aunque esto no significa que sean inquebrantables “—Me apagaron un cigarro en el ojo, los hijos de la chingada —se lamentaba—. ¿Y sabe qué es lo que más me dolió? Que me doblé pues. Lograron que les dijera dónde estaba mijita” (Alfonso, 2022, p. 141). En los personajes femeninos de

⁵ En este periodo, además, se relanzó una versión moderna de la Guerra Fría con la declaración de la guerra contra el narcotráfico.

Alfonso, la represión forja un espíritu de resistencia que pugna por recuperar la memoria: “—Dicen que por escribir esto se llevaron a mi hijita —quizá su ojo advirtió las dudas de Fernanda, porque agregó—: Ayúdeme a encontrarla, licenciada, por lo que más quiera” (2022, p. 89). Estos personajes son portadores de la memoria y en algunos casos, como en el de Fernanda, de una justicia histórica que cierra el ciclo de la obra. Estas vertientes analíticas permiten una lectura crítica de la novela que, a su vez, requiere al correlato histórico, como lo dicen Cabrera y Estrada (2011):

La ficción, como la historia, está hecha de sucesos, personajes, ideas, dilemas y conflictos que se proyectan en el tiempo. La ficción, como la historia, se sustenta en una narrativa que da coherencia y sentido a acontecimientos que de otra manera semejarían un caos [...] La única diferencia entre esas narrativas es que el fundamento de su validez apunta a bases distintas: en un caso a la credibilidad y efecto estético¹¹ de un discurso que interpela al imaginario y la empatía; en el otro, a la evidencia empírica de la veracidad de lo narrado. Puede entonces comprenderse la importancia y el significado político de intervenir en la disputa por los imaginarios y la legitimidad, tarea que se realiza en buena medida en el terreno simbólico (p. 40).

A manera de conclusión

En *La sangre desconocida* (2022), la representación literaria de la guerrilla explora la derrota y la resistencia de una lucha que, en la clandestinidad, ahí donde los secretos se pierden, las historias terminarán por encontrar un sentido que, rumbo al final de la novela, develará la intención del autor.

La vida acá parece formarse de muy pocas cosas. Has tenido que reaprender desde lo más elemental, incluso a dormir. Porque acá el tiempo es otro, el cerebro y la memoria se vuelcan hacia dentro para recordar lugares y personas que creías olvidados. El rincón donde dormías de niño, las acequias en temporada de riego, las jardineras de la facultad. Eso es quizá lo peor: la angustia de acordarse de cosas que hoy están insoportablemente lejos (p. 226).

La historia de la guerrilla, hasta el arribo de los discursos historiográficos y periodísticos modernos que lograron la apertura de los archivos clasificados de este periodo, narró la perspectiva de los vencedores. Vicente Alfonso transforma con su novela lo que fue un dato estadístico o judicial, en una experiencia humana. Más allá de romantizar una forma de victoria intelectual, como sucede con Montemayor e incluso con Revueltas, donde los ideales perduran por sobre la política, Vicente Alfonso presenta una aproximación a los imaginarios guerrilleros con un extremo respeto, pero sin adulación gratuita.

Esta novela pretende una comprensión de la derrota como un triunfo en la configuración de la memoria, que lo mismo puede considerarse también como una “ficción testimonial”, una de las categorías para estudiar las novelas de la guerrilla que establecen Cabrera y Estrada, pues no se permite caer en lugares comunes de la derrota heroica de los personajes. En *La sangre desconocida* esto se da a partir del personaje de Fabián, quien se encuentra escribiendo una novela, lo abre las puertas de la ficción para un final en que los elementos generacionales se compaginan, dando una coherencia argumentativa a las historias que componen el libro, haciendo que el lector contemporáneo finalmente empatices con los movimientos subversivos al demostrar su lado humano.

La obra de Vicente Alfonso, en definitiva, es un caso emblemático que logra un cambio de paradigma sobre lo que la historia macroscópica de México nos cuenta de este y otros episodios, en el que el dolor abre una conciencia para repensar las razones de una lucha que a la distancia nos parece ajena, como tantas otras luchas emprendidas en nombre de la libertad, pero que logra ser insertada en el canon literario contemporáneo, al proponer la otra cara de ese “verdad” oficial, permitiéndose una libertad en la interpretación literaria que nos brinda, para llenar los huecos del silencio de lo no contado por los que ya no están. Esto es lo que le da una vigencia a la novela *La sangre desconocida*, una que pocas obras de este tipo han alcanzado, lo que le confiere al autor un lugar privilegiado en el canon contemporáneo.

Referencias

- Alfonso, V. (2022). *La sangre desconocida*. Alfaguara.
- Cabrera, P. y Estrada, A. (2011). *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del pasado de la Procuraduría General de la República. (2006). *Informe Histórico a la Sociedad Mexicana*. <https://itacate.wordpress.com/informe-historico/>
- Fuentes, C. (1978). *Tiempo Mexicano*. Joaquín Mortiz.
- Glockner, F. (2013). *Memoria Roja. Historia de la guerrilla en México 1943-1968*. Planeta México.
- Jung, C. (1970). *Arquetipos e Inconsciente colectivo*. Paidós
- Oceja, S. (2011). La Vertiente Realista Y La Memoria En Dos Cuentos Sobre La Guerrilla Mexicana. *Andamios. Revista de investigación social* 8(15), 81-110. <https://doi.org/10.29092/uacm.v8i15.73>
- Rivera Garza, C. (2024). *El invencible verano de Liliana*. DeBols!llo
- Volpi, J. (2018). *Una novela criminal* (Edición Kindle). Alfaguara. <https://www.amazon.com.mx/novela-criminal-Premio-Alfaguara-2018-ebook/dp/B079J-6GR4L>